

**Víctimas lloradas y no lloradas**  
**A propósito de la fabricación del recuerdo en ciudadanos de Medellín sobre**  
**cuatro crímenes de guerra en el marco del conflicto armado colombiano como**  
**barreras psicosociales para la construcción de la paz**

Victims Wept and Not Cried  
Concerning the Manufacture of Remembrance in Citizens of Medellín on Four War Crimes within  
the Framework of the Colombian Armed Conflict as Psychosocial Barriers to Peace-Building

Por: Juan David Villa Gómez<sup>1</sup>, Manuela Avendaño Ramírez<sup>2</sup>, María Camila Agudelo López,  
Valentina Castro, Cristian Buitrago y Susana Hoyos<sup>3,4</sup>.

Recibido: octubre de 2018 Revisado: noviembre de 2018 Aprobado: diciembre 2018

**Resumen.**

Este artículo recoge datos y relatos en torno a la forma como ciudadanos de Medellín recuerdan cuatro hechos graves en el marco del conflicto armado colombiano: las masacres de Bojayá y El Salado, cometidas por las FARC, en el año 2002 y las AUC, en el año 2000, respectivamente; y el asesinato de tres periodistas ecuatorianos a manos de las disidencias de las FARC y 8 policías en la región de Urabá por integrantes del Clan del Golfo en la segunda semana de abril de 2018. A través de dos sondeos de opinión y un análisis de discurso hermenéutico se pudo comprender de qué manera estos ciudadanos construyen sus recuerdos y cómo éstos se relacionan con la forma como son transmitidos por los medios de comunicación y son comunicados en la vida cotidiana, según los marcos de significado construidos previamente en torno al actor armado responsable de cada uno de los hechos. Se concluye con una reflexión sobre la importancia de construir memorias incluyentes, que permitan reconocer todas las historias y puntos de vista, además de transformar los marcos de significado y las creencias sociales que deslegitiman al adversario y lo convierten en enemigo absoluto.

**Palabras clave.** Conflicto armado; memoria colectiva; barreras psicosociales para la paz; creencias sociales; narrativas del pasado.

**Abstract.**

This article contains facts and stories on how the citizens of Medellín recall four serious events in the context of the Colombian armed conflict: the massacres of Bojayá and El Salado, which were committed by FARC, in 2002 and the AUC, in 2000, respectively. It also addresses the murder of three Ecuadorian journalists in the hands of FARC dissents and 8 policemen in the Urabá Region by members of the Gulf Clan in the second week of April 2018. Through two opinion polls and one analysis of hermeneutic discourse, it was possible to understand how these citizens build their memories, and how they relate to the way in which they are transmitted by the media, and communicated in daily life according to the frameworks of meaning, which are previously built around the armed actor, who is responsible for each of the facts. It concludes with a reflection on the importance of building inclusive memories, which allow to recognize all stories and points of view, as well as to transform the frameworks of meaning and social beliefs, which delegitimize the adversary and make him absolute enemy.

**Keywords.** Armed Conflict; Collective Memory; Psychological Barriers for Peace; Social Beliefs; and Narratives of the Past.

<sup>1</sup> Docente Asociado de la Facultad de Psicología y Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicólogo y Doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo. Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo.

<sup>2</sup> Psicóloga de la Universidad de San Buenaventura, joven investigadora de Colciencias, Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y Trabajo. Integrante del semillero Interacciones.

<sup>3</sup> Psicólogos en formación, integrantes del Semillero Interacciones del Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana.

<sup>4</sup> Agradecimientos a los y las integrantes del semillero que participaron en alguno de los momentos de la presente investigación: Laura Lopera, Valeria Yulissa Posada, Valentina Aguirre, María José Arteaga, Edward Cauca, Santiago Castrillón, María José Ortega, Deisy Gómez, Daniela Bedoya, Anyi Camila Marulanda, Sofía Jaramillo.

## Introducción

El presente artículo está enmarcado en la investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia - II fase”, desarrollada por el Grupo de Investigación en Psicología: sujeto, sociedad y trabajo, de la Universidad Pontificia Bolivariana (Facultad de Psicología – Escuela de Ciencias Sociales), y el GIDPAD Grupo de Estudios Clínicos y Sociales de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura – Medellín. En este caso desarrollamos un proceso investigativo desde el Semillero ‘Interacciones’ de la Facultad de psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana, en el que realizamos un estudio mixto: dos sondeos de opinión, realizados, el primero a 152 personas y el segundo a 172 participantes, de la ciudad de Medellín, en el marco de la psicología social crítica latinoamericana, desde la cual, según Martín-Baró (1998) instrumentos como las encuestas y los sondeos pueden develar maneras como los diversos actores sociales perciben su realidad; y 38 entrevistas semiestructuradas con el fin de comprender los procesos de fabricación del recuerdo y la construcción de creencias sociales en torno a hechos significativos en el marco del conflicto armado colombiano.

Buscábamos con la investigación, en primer lugar, describir la forma como los y las participantes recordaban cuatro hechos victimizantes, dos de los cuales han sido emblemáticos, y los otros dos recientes, cuyos responsables son actores armados de signo opuesto. Para el primer sondeo, la denominada ‘masacre’ de Bojayá, municipio ubicado a orillas del Río Atrato, en el departamento del Chocó, cuyo principal responsable fueron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), acaecida el 2 de mayo del año 2002. Y la masacre de El Salado, corregimiento del municipio de Carmen de Bolívar, en los Montes de María, perpetrada por grupos paramilitares

pertenecientes a las Autodefensas Unidas de Colombia, entre el 16 y el 21 de febrero del año 2000 (Centro de Memoria Histórica, 2009, 2010). Ambas, han sido reconocidas por organizaciones nacionales e internacionales como de las más cruentas en el marco del conflicto colombiano, y de una u otra forma, evidencian formas de proceder y actuar de estos grupos. Luego de evidenciar el recuerdo de estos hechos (responsables y circunstancias), profundizamos con 38 participantes sobre las razones por las cuales se recordaban o no, la configuración de su recuerdo y sus creencias.

Para el segundo sondeo le preguntamos a 172 personas por dos homicidios colectivos en la segunda semana del mes de abril de 2018: el asesinato de tres periodistas ecuatorianos el 12 de abril de 2018 por el frente Oliver Sinisterra, de las disidencias de las FARC, al mando de alias “Guacho” en el sur del país, y el atentado y muerte de 8 policías, que acompañaban a una comisión judicial que apoyaba a un grupo de campesinos reclamantes de tierras, a manos de un grupo neoparamilitar asociado al Clan del Golfo, en el corregimiento “El Tomate” del municipio de San Pedro de Urabá, ocurrida un día antes. Es decir, comparamos dos hechos gravemente violentos, violaciones flagrantes del derecho internacional humanitario, configurados como crímenes de guerra, sucedidos en la misma semana, el año anterior.

Para nosotros era importante indagar sobre este tema, puesto que dentro de los procesos de ideologización y legitimación del conflicto armado (Martín-Baró, 2003), y en la generación de barreras psicosociales para la construcción de paz y reconciliación, se suelen hiperbolizar hechos que se convierten en ‘traumas escogidos’ (Corry, 2005, Bar-Tal, 2003; Villa Gómez, 2016; Villa Gómez y Barrera Machado, 2017) a través de los cuales se recalca la maldad y perversidad del adversario para deslegitimar sus posiciones políticas y sus

objetivos. Y, al mismo tiempo, soslayar otros delitos atroces, que pueden ser cometidos por el propio grupo, o con el cual se ha generado una identificación (abierta o encubierta) legitimando o minimizando sus acciones (Bar-Tal, 1998, 2003, 2010, 2013, 2017).

Para Todorov (1995, 2002) y Jelin (2002) este tipo de construcción del recuerdo configura memorias que pueden denominarse ‘memorias literales o excluyentes’: las cuales, son portadoras de discursos victimistas que mantienen, sostienen y multiplican el conflicto, puesto que movilizan emociones de miedo, rabia, odio hacia el otro, hacia el enemigo (Bar-Tal, 2000, 2003, 2007, 2010, 2013; Villa Gómez, 2016). Para esto, se constituyen plantillas narrativas esquemáticas (Werscht, 2008) o narrativas colectivas maestras (Bar-Tal, 2013) que interpretan el hecho, sus circunstancias y la responsabilidad de los actores a la luz de dicho esquema, de forma polarizada, con lo cual ese actor siempre será “culpable” y quien fabrica el recuerdo se pone en el lugar de víctima, y siempre será “inocente” (Bruckner, 2006). De acuerdo con Villa Gómez (2016, p. 198), “desde este lugar de inocencia, pareciera tener la licencia para hacer cualquier cosa que considere pertinente para ‘hacer justicia’ a su causa”. Según Bar-Tal (2003, 2013, 2017), Zembylas & Bekerman (2008) y Bekerman y Zembylas (2010), entre otros, estas narrativas se configuran como barreras psicosociales para la construcción de la paz que conducen a una casi imposibilidad de tratar y transformar el conflicto.

Estas memorias han estado a la base de violaciones masivas de derechos humanos y crímenes de guerra y de lesa humanidad en todo el mundo. La limpieza étnica en la guerra de Los Balcanes, el genocidio cometido por los hutus contra los Tutsis en Ruanda, el genocidio armenio (Bar-Tal, 2013), el genocidio a los indígenas Maya en Guatemala, han sido justificados a través de la fabricación de relatos del pasado, que configuran memorias victimistas; al punto que las propias barbaridades, degradaciones y violaciones de derechos son

atribuidas al adversario, quien habría obligado a actuar de esta forma. Es un juego de espejos, que perpetúa el conflicto armado en nuestro país, al movilizar las emociones de la gente hacia representaciones, creencias y acciones que refuerzan los apoyos a las salidas violentas (Villa Gómez, 2016), tal como se viene reactivando en el momento actual.

De la misma forma y de acuerdo con Martín-Baró (1989, 2003) se trata de procesos ideologizadores, que se hacen posibles gracias a la implementación de estrategias de guerra psicológica que persuaden a las personas a construir un pensamiento y sentimiento común alineado, enganchándolos a un discurso predominante, que impacta sobre la capacidad crítica y reflexiva y fabrica formas estereotipadas del recuerdo. De tal manera que se pueden recordar y olvidar ciertos hechos, se instauro lo que se cree, lo que se recuerda y lo que se olvida (Mendoza, 2005, 2007, 2017).

En esta dinámica se van generando escenarios de desinformación y propaganda, que buscan persuadir, inculcar e implantar (Correa, 2006, 2008; Zuleta, 2015) versiones hegemónicas de un hecho determinado, movilizandoo además emociones y creencias que van configurando un entramado de normas sociales y criterios morales que permiten reconocer como violentos, ilegítimos y repudiables ciertos actos de violencia cometidos por un grupo que se configura como enemigo (Blanco & De la Corte, 2003; Bar-Tal, 2010; Villa Gómez, 2019). Pero, de otro lado, estas versiones hegemónicas conllevan también formas del olvido, lo no nombrado, que se omiten dentro del imaginario colectivo para que otros actores de violencia, queden invisibilizados o cuando menos matizadas las emociones que se dirigen hacia ellos, por lo que pueden ser considerados como un mal menor (Mendoza, 2017; Villa Gómez, 2019).

De esta manera el colectivo social y los sujetos en concreto pueden resultar efectivamente manipulados, puesto que, en estos procesos de

fabricación del recuerdo, la lógica ideológica que los atraviesa utiliza la desinformación y la propaganda, para construir la denominada opinión pública (Martín-Baró, 1998), que al instalarse como imaginario social configura creencias en torno a hechos, procesos y actores a lo largo del tiempo. Así pues, circulan estas narrativas excluyentes del pasado que nombran y omiten pedazos de lo acontecido; y, a su vez, se acompañan de emociones colectivas exacerbadas: odio, miedo, ira y rabia dirigidas hacia unos actores; y benevolencia, comprensión, incluso dolor o tristeza, hacia otros (Bar-Tal & Halperin, 2014; Halperin & Bar-Tal, 2011; Halperin & Pliskin, 2015).

En el caso colombiano la investigación de Aponte Otálvaro (2013) permite comprender que existen agentes de poder que cuentan con recursos económicos, políticos y sociales para introducir en el imaginario social sus versiones de la historia, para fabricar una narrativa del recuerdo que se va cristalizando como memoria colectiva, de tal manera que se traduce en memoria oficial que construye un régimen de verdad sobre el pasado y se convierte en el único referente visible, que se repite por diversos medios, para que la población lo asuma como la verdad de los hechos. Según este autor y Villa Gómez y Barrera Machado (2017), se utilizan tres estrategias básicas para este fin: sobreproyección (ubicar en el adversario toda la capacidad de hacer daño, atribuyéndole una intención ‘naturalmente’ maligna), repetición (los medios de comunicación y las redes sociales muestran una y otra vez lo que sucedió, el dolor que causó y refuerzan la maldad de ese adversario en la ejecución de la acción) y descontextualización (El hecho se aísla del proceso histórico, de la lógica de una confrontación armada, y se reifica como un acontecimiento, casi único, que amerita, a su vez una respuesta contundente).

Las narrativas del pasado contribuyen a configurar creencias sociales sobre el presente y el futuro (Bar-Tal, 1998, 2010, 2013; Bar-Tal, Halperin & Oren, 2010; Bar-Tal & Halperin, 2014). Estos autores

hablan de varias: justicia en la realización de los propios objetivos bélicos, que atribuye a la propia acción violenta en el marco de la guerra una causa justa, porque responde a la agresión primera del adversario, so pretexto de la propia defensa. Esto se liga con la creencia y la necesidad de la seguridad, puesto que estas acciones tienen como fin asegurar a los miembros del propio grupo frente a la agresividad y violencia del otro, devenido enemigo; serían acciones preventivas de protección. Creencia que se liga con una autoimagen colectiva positiva y la creencia en la propia victimización. Esto se traduce en una perspectiva de superioridad moral del grupo, que se siente agredido por ese otro, de tal manera que si se opta por la violencia y la guerra es sólo para responder a estas agresiones. Todo esto se conecta con las señaladas memorias victimistas, que fortalecen un discurso de retaliación, apelando “al patriotismo y la unidad, buscando cohesión social en el propio grupo, de tal manera que todos los males y problemas puedan ser atribuidos a ese enemigo/adversario que se convierte en enemigo absoluto, al que solamente se puede combatir y eliminar, puesto que no es posible hablar ni negociar con él” (Villa Gómez y Arroyave Pizarro, 2018 p. 6); Bar-Tal, 1998, 2010, 2017; Blair, 1995; Blanco, 2007; Angarita Cañas, et. Al, 2015).

Conflictos como el colombiano, de larga duración, con altas dosis de polarización, manipulación de la verdad, mentira institucional, militarización de la vida cotidiana (Martín-Baró, 1989, 2003) son propicios para la emergencia de estas creencias que sostienen mecanismos ideológicos y de difusión, para proteger intereses de élites (Martín Baró, 2003; Blanco, 2007) con el objetivo de legitimar órdenes sociales de opresión y exclusión; que están a la base de la violencia y favorecen la construcción de un ethos del conflicto (Bar-Tal, 2010, 2013, 2017), que es mantenido y reforzado por los medios de comunicación, las redes sociales, discursos políticos que se repiten permanentemente, hasta configurar el imaginario social, las memorias, las identidades colectivas y las acciones concretas de los ciudadanos de una nación (Arias y Barreto,

2009; Bar-Tal, et. Al. 2010; Barrera Machado y Villa Gómez, 2018).

Desde otro horizonte conceptual, Judith Butler (2017) plantea la construcción de marcos de significado en los que se refiere a “modos culturales de regular disposiciones afectivas y éticas a través de un encuadre de la violencia selectivo y diferencial” (p. 13). Como el marco de una ventana o de una puerta, se hace referencia a los límites cognitivos, epistémicos, de sentido y de significación que posibilitan ver o no ver una realidad, nombrarla o no nombrarla, que pueden estar orientados por fuentes mediáticas que crean ese marco de inteligibilidad que permite diferenciar qué hechos son repudiables y punibles, qué vidas son valiosas y merecen ser lloradas si se pierden, o cuáles no entran dentro del esquema y se hacen invisibles, indiferentes, incognoscibles, no merecedoras de condolencia, “por eso cuando tales vidas se pierden no son objeto de duelo, pues en la retorcida lógica que racionaliza su muerte la pérdida de tales poblaciones se considera necesaria para proteger la vida de los vivos” (Butler, 2017, p. 54). Es decir, en nombre de un grupo de personas, un endogrupo (Blanco, 2007), se legitima, se ignora, se justifica, e incluso se puede celebrar la pérdida de otro grupo de seres humanos.

Así pues, estos procesos de fabricación del recuerdo y construcción de creencias sociales no son ingenuos, responden a los intereses de élites en el poder que, con este discurso hegemónico se proponen excluir, silenciar y eliminar cualquier posibilidad de relatos alternativos, interpretaciones más amplias, contextualizaciones o versiones diferentes y opuestas a esta versión ‘oficial’ (Barrero, 2011); que también oculta y violenta estos relatos alternativos y sus agentes portadores.

Cabrera (2013) y Castellanos (2014) afirman que desde el 2002 los discursos de la seguridad democrática durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez tuvieron esta configuración, generando incluso procesos identitarios que han ido

conduciendo a una fuerte polarización en diversos sectores sociales en una lógica amigo/enemigo, que imposibilita formas alternativas de comprender el conflicto armado y que se han centrado en la construcción de un enemigo absoluto, al cual es legítimo eliminar y destruir (González, 2015; Angarita Cañas, et. Al, 2015). Y García Marrugo (2012) con su investigación sobre los discursos de la prensa escrita en ciudades como Medellín, Cali, Barranquilla y Bogotá, evidencia que entre 1998 y 2006 los titulares y la construcción narrativa de las noticias sobre las acciones de la guerrilla de las FARC y los grupos paramilitares enfatizaba mucho más la alevosía, maldad, sevicia, capacidad de daño e insensibilidad del primer grupo, en relación con el segundo, que solía ser invisibilizado en su responsabilidad, matizado en la forma de describir sus acciones y soslayado con un manto que fue llevando a considerarlo un mal menor.

### **Método:**

Desarrollamos una investigación mixta con un primer componente cuantitativo, de corte descriptivo, en el que realizamos un primer sondeo de opinión, en el primer semestre de 2018 donde se indagaron tres preguntas: 1) Cuando le nombran El Salado/Bojayá, ¿sabe usted de que se está hablando? Si sabe, se pregunta por 2) las circunstancias de los hechos y 3) el actor responsable. Si no sabe, se pregunta por la imagen que se le viene o lo que cree que referencia cada significante. Este sondeo se hizo a 152 personas de la ciudad de Medellín, en una muestra aleatoria simple.

De otro lado, en el segundo semestre de 2018, con 38 de los 152 participantes se profundizó desde el método cualitativo, con enfoque hermenéutico (Martínez Miguelez, 2006), en la realización de entrevistas semiestructuradas que intentaba profundizar en las formas cómo se había fabricado el recuerdo y se habían construido las creencias sociales en torno a estos hechos, además de las mediaciones a través de las cuales consideraban

que se habían construido estas representaciones mnémicas. Pero, posteriormente, a través de un diálogo propuesto en la entrevista semiestructurada, se les leyó a los participantes una síntesis de cada masacre, a partir de los textos del Centro de Memoria Histórica (2009, 2010), de tal manera que se pudieran relacionar sus recuerdos y representaciones iniciales, con las significaciones emergentes luego de ser leídos ambos relatos.

La sistematización de las 38 entrevistas semiestructuradas, se realizó con un análisis de discurso hermenéutico (Martínez, Miguelez, 2006); procedimiento que permitió la categorización a través de matrices intratextuales de coherencia, analizando los respondido por cada sujeto; y luego por matrices intertextuales cruzando los relatos de todos los participantes, según las categorías emergentes: recuerdos iniciales acerca de las dos masacres, medios de información, representaciones luego de leer las síntesis de los hechos. Así, se clasificaron las respuestas de los participantes entre aquellos que sabían y quienes no sabían, construyendo códigos teóricos de primero y segundo nivel que permitieran tejer relaciones entre las interpretaciones emergentes que dieran lugar al texto que recoge los resultados y la discusión.

Dentro del marco de la investigación y en el proceso de la discusión, emergió una nueva pregunta en torno a dos hechos recientes, del año inmediatamente anterior (2018), sobre los cuales, realizamos un nuevo ejercicio de sondeo en el mes de febrero de 2019, con el fin de contrastar algunos de los resultados que veníamos desarrollando y la discusión emergente sobre Bojayá y El Salado, con hechos más recientes, que pudieran tener una recordación más fácil por su relativa cercanía temporal. Se les preguntó a 172 participantes, 1) En torno al homicidio de los tres periodistas y los 8 policías, cuál de estos hechos recordaban, dando cuenta de actores, hechos y circunstancias, 2) preguntándoles además por la procedencia de la información que tenían sobre estos hechos y 3) las

razones por las cuales recordaban o no recordaban. Después, procedimos a revisar las noticias publicadas y los titulares de prensa, alrededor de estos hechos en 6 diarios reconocidos en Colombia: El Tiempo, El Espectador, El Heraldo, El Colombiano, Vanguardia Liberal y El País para analizar el número de noticias y/o segmentos que dedicaron a ambos hechos, para finalmente hacer un análisis de contenido a los titulares e identificar la pragmática lingüística utilizada en la construcción de los mismos.

## Resultados

En el análisis del sondeo de opinión, donde participaron 152 personas, se encontró que, a la pregunta por el recuerdo primario que tenían sobre los hechos ocurridos en Bojayá y El Salado, 91 personas del total de los participantes, el 60% tenían conocimiento pleno (hechos, actores y circunstancias) alrededor de la masacre de Bojayá; y 20 (13%) conocían el hecho y el actor, pero no las circunstancias; mientras 42 personas, el 27% no tenía ningún conocimiento en torno a Bojayá. De otro lado, 110 (72,4%) no tenían conocimiento alguno respecto a la masacre de El Salado. y solo 25 personas, un 16,4% tenían información parcial sobre el suceso (hecho y actor); mientras sólo 17 (11.2%) conocía plenamente lo que había sucedido en dicho corregimiento. Como puede observarse hay unas cifras que tienen una asimetría inversa: mientras se sabe algo o con datos claros lo que sucedió en Bojayá, se sabe poco o nada, sobre los hechos de El Salado. Cabe entonces preguntarse ¿Cuál es la razón para que la mayoría de este grupo de participantes manifiesten saber claramente lo acaecido en Bojayá y no saber nada acerca, ni relacionar sus pensamientos y recuerdos con la masacre de El Salado?

Tal como se ha dicho, las creencias sociales, junto con los procesos cognitivos, movilizan prácticas y comportamientos afines a los intereses construidos a partir de las representaciones sociales, que

terminan por fortalecer cierto tipo de culturas, permean la vida cotidiana y lo más importante, ejercen presencia generacional que se transmite con sutiles variaciones, pero que terminan por serle útil en este caso a los intereses políticos de turno y a la cultura violenta (Arias & Barreto, 2009; Bar-Tal, 2010, Barreto, Borja, Serrano y López López, 2009; Barrera Machado y Villa Gómez, 2018). Además de lo anterior, para Bar-Tal (1998), las creencias sociales acentúan cogniciones colectivas que son compartidas por los miembros de una sociedad en torno a temas de interés para la misma.

Estas creencias están relacionadas con las narrativas del pasado que configura la memoria colectiva, orientando la acción y las dinámicas sociales y políticas de una sociedad. En este caso puede afirmarse que el conocimiento que los y las participantes tienen de ambas masacres, son producto precisamente de este grupo de creencias y narrativas del pasado, que van configurando lo que es relevante, lo que es cognoscible y visible, lo que se recuerda y lo que se olvida. En este caso, al parecer, las acciones desarrolladas por un grupo armado como las FARC, en Bojayá, han tenido o bien, mayor difusión, o bien, mayor impacto en estos participantes, que las acciones desarrolladas por los paramilitares en El Salado, siendo ambos, crímenes de guerra donde se violó el derecho internacional humanitario, dejando profundo dolor en sus pobladores.

## **El Salado**

Cuando en la profundización cualitativa, a las personas que no sabían sobre la Masacre de El Salado se les pidió un referente espontáneo acerca de lo que significaba esta palabra, se encontraron dos denominaciones imprecisas que hacían alusión a lugares homónimos localizados en el Valle de Aburrá (Antioquia): “Barrio de la Comuna 13” y “un parque de Envigado”. Esto demuestra que el conocimiento que la mayor parte de los participantes tiene sobre la masacre ocurrida en El Salado es casi nulo, como se ve en los siguientes

fragmentos:

¿El salado? Emmm un barrio de Medellín, pero no sé dónde queda (E12). El Salado yo me refiero a una parte de la Comuna 13 que he oído mentar (E23). Un parque natural en Envigado (E10). El Salado es un barrio de Envigado (E37). Pues yo tengo el conocimiento de que hay un Salado arribita de San Javier y el Salado que ya en Envigado también lo he escuchado (E7).

En la misma línea, se encontró un número significativo de relatos en los cuales la palabra ‘El Salado’ no alude a ninguna ubicación geográfica ni al conflicto armado; sino que, para muchos de ellos la palabra corresponde a elementos relacionados con lo cotidiano, como algunos sabores e ideas supersticiosas:

¿Lo primero? No, que el pobre nació salado y así se quedó (E25). Pues que una persona está Salada, dicen (E2) (...) que al que estaba haciendo la comida se le fue la sal (E7).

Contrastando las anteriores respuestas con aquellas de quienes sí tenían conocimiento sobre lo ocurrido en El Salado, se encontró como elemento sobresaliente una relación directa entre el nombre del lugar y los hechos; así como el reconocimiento del abandono significativo por parte del Estado que posteriormente se convertiría en la oportunidad para que el grupo perpetrador tomara control sobre el territorio. Estos participantes, que son minoría, reconocen claramente quienes fueron los responsables de la masacre, atribuyéndosela a los paramilitares:

El Salado es un lugar donde la gente tiene pocas posibilidades, olvidado del gobierno (...) fueron los paramilitares y el mismo ejército, era un lugar donde había una lucha por el territorio, entonces la población civil era objetivo militar (E1). El Salado... A ver, dentro del proceso de violencia en Colombia, El Salado ha sido un referente de masacre del proceso paramilitar, de los paramilitares que cometieron una masacre muy fuerte (E27).

En cuanto al conocimiento sobre los actores o responsables de la masacre, es importante resaltar cómo a los paramilitares se les atribuye en este caso un modo de actuar violento y deshumanizado, que lleva a estos participantes a dar cuenta de los hechos como episodios dolorosos, humillantes y de una crueldad excesiva. En sus discursos se encuentra una descripción breve sobre los acontecimientos que incluía graves violaciones a los Derechos Humanos como casos de desaparición forzada, despojo de tierras, torturas, asesinatos y en general, una afectación a toda la población civil, convirtiendo tanto a niños, mujeres, hombres y adultos mayores en víctimas directas e indirectas de este grupo armado,

Sé que se tomaron el pueblo, hubo una masacre... de allí vino el desplazamiento de campesinos, tengo entendido que fueron las autodefensas (E30). Que murieron muchas personas inocentes, que fue cometida por paramilitares y pues que murieron muchas personas inocentes (E28). Las causas de esa masacre son que el paramilitarismo existió en Colombia para el sólo hecho de quitarle las tierras a los campesinos y esa era la filosofía de esos grupos armados al margen de la ley, en complicidad con el Estado (E32).

Es importante mencionar que, aunque los hechos ocurrieron durante varios días solo una persona da cuenta de esto, lo que indica que el recuerdo de la severidad de los hechos en estas 7 personas es un poco difusa; lo cual es un aspecto significativo que se debe tener en cuenta, pues queda la sensación de que es una masacre no considerada relevante por lo menos en estos participantes de la ciudad de Medellín, para quienes es un hecho olvidado que no hace parte de las narrativas constantes del conflicto armado; y aun cuando es medianamente recordada se omiten detalles importantes que dan cuenta o bien, de falencias en la difusión realizada por los medios de comunicación o falta de interés por indagar sobre su realidad.

El Salado fue una masacre de los paramilitares en El Carmen de Bolívar, no me preguntes por

fecha, porque no me acuerdo (E13). Sí, sí sé que fue una masacre, que fue muy horrible, que fue mucha gente, pero no tengo detalles así concretos (E9). La verdad de eso, he escuchado acerca de una masacre, pero no se más a fondo cómo pues qué fue lo que pasó (E14).

Todo lo anterior da cuenta de una imprecisión en el recuerdo sobre el lugar geográfico de los hechos, configurado como una idea parcial de lo ocurrido que se describe de modo lejano, y no como una imagen mnémica o conocimiento claro de lo sucedido. De tal manera que, se convierte en elemento clave para comprender la falta de repertorio histórico puesto en circulación respecto de esta masacre, lo que resulta sugerente por el hecho de que 110 personas, el 72,4%, (y 25 de los entrevistados cualitativamente) no supieran absolutamente nada acerca de una de las masacres más sangrientas de la historia de Colombia y solo 17 personas, el 11,2% (7 de las entrevistadas cualitativamente) tuvieran información detallada del hecho y otras 25, el 16,4% (6 en las entrevistadas en profundidad) dieran cuenta de una información insuficiente.

## **Bojayá**

Por otro lado, durante la identificación de los recuerdos iniciales en torno a la masacre de Bojayá, se encuentran resultados significativos en contraposición a la masacre de El Salado, en efecto, solo 41, el 27% (4 en las entrevistas semiestructuradas) de las personas manifiestan no conocer lo ocurrido y 91 personas, el 60% (34 de los entrevistados cualitativamente) tienen un conocimiento claro y medianamente profundo de los hechos. En este sentido, los participantes lograron atribuirle a la palabra “Bojayá” una relación directa con un hecho histórico violento, dándonos matices emergentes sobre representaciones estables acerca del lugar, la descripción de los hechos, las acciones violentas; lo cual da cuenta del interés e impacto que generó este crimen de guerra en estos ciudadanos de Medellín:

Ah no, allá es otro cuento es otra historia nefasta porque fue masivamente (...) (E1) Lo de Bojayá fue la masacre en el Chocó (E13). De Bojayá he escuchado bastante (E14) Bojayá, también masacre, más masacre, más desplazamiento, eso sí es... es en Chocó (E30).

Es importante señalar cómo las personas construyen relatos sobre lo sucedido de forma muy similar. En efecto, todos dieron cuenta de los hechos con la narración del cilindro-bomba como artefacto con el que se ejecutó la masacre, que fue lanzado hacia la iglesia donde se refugiaba la población civil, causando gran cantidad de muertes y daños en su infraestructura. Se pudo percibir que uno de los puntos que más generó indignación en los participantes fue el hecho de que la masacre se hubiera perpetrado en un lugar sagrado para la comunidad, ya que colectivamente, gracias a su significado, era sinónimo de seguridad y protección; y, por tanto, se esperaba que fuera un lugar ‘respetado’, dentro del cual las personas se pudieran resguardar mientras acababa el enfrentamiento.

Además de lo anterior, la imagen del “Cristo Roto” se ha convertido en un símbolo, del cual dan cuenta con frecuencia los participantes. Dado esto, quienes saben sobre el hecho descrito anteriormente manifiestan mayor sensación de indignación y rencor, además de poca intención de olvido, su memoria es vívida, nítida y cargada de emocionalidad, cercana a las denominadas memorias de destello, es decir, aquellas en las que personas, grupos y comunidades recuerdan nítida y claramente hechos, generalmente traumáticos, pero según varios investigadores porque se reproducen de manera sistemática por medios de comunicación masiva (Bellelli, Leone & Curci, 1999; Tamayo-Agudelo, 2012; Tinti et al., 2014 y Vallet, Manzanero, Aróztegui y García Zurdo, 2017; Villa Gómez y Avendaño Ramírez, 2017). Al punto que no pocos de los participantes recordaban incluso el ‘zapatito’ que utilizó el general Mario Montoya, para entonces comandante de la 4ta. Brigada del ejército, para suscitar dolor e

indignación en la sociedad en torno a la inocencia de quienes cayeron en la explosión. Por lo cual, señalan que esta ha sido una de las masacres más atroces de la historia:

La gente se fue para la iglesia porque pensó que la iglesia era un lugar santo, sagrado, que iban a estar más tranquilos y que iban a respetar la vida de ellos, Allá Lanzaron pipetas por el aire y cayeron encima del techo, murieron hasta 125 personas (E1). Dizque bombas o pipas de gas y el sacerdote le dijo a la gente que se refugiara en la iglesia, fueron más de 119 muertos, allá cayó la bomba, por desgracia. Bueno todo el mundo se estremeció con esa tragedia (E2). Se refugiaron en la iglesia del pueblo y ahí los acibillaron y para mayor prueba, el Cristo de la iglesia está todo mutilado (E28).

Asimismo, las personas entrevistadas lograron dar cuenta de una descripción detallada acerca de nombres de actores y circunstancias específicas. En este caso, para la mayoría de las personas está claro que las FARC son los responsables principales de este evento, pues fueron quienes lanzaron el cilindro-bomba al interior de la iglesia,

¡Sí! La guerrilla, las FARC, el frente no lo recuerdo, pero sí que fue las FARC (E1). Cuando me dicen Bojayá me acuerdo de la toma guerrillera que hubo en ese pueblo (E8). También se me viene a la mente que fue una masacre que cometió las FARC (E9).

Contrastado con unos pocos que reconocen que esta masacre fue producto de un enfrentamiento entre dos grupos armados (FARC Y AUC), algunos de los cuales conocían también la masacre de El Salado, o reconocen una responsabilidad por omisión por parte del Estado; es decir, personas que tenían conocimiento más informado y analítico del conflicto armado, una inmensa minoría, dentro de los entrevistados cuali y cuantitativamente:

Los paramilitares y los guerrilleros estaban en enfrentamiento (...) el Estado no hizo nada, dejó que se mataran allá (E13). Esa es otra masacre,

por los paracos sino por las FARC, lo que pasa es que en Bojayá, en esa zona, había un enfrentamiento entre la insurgencia de las FARC y los paramilitares, los paramilitares se metieron al caserío, se encerraron con la población en la iglesia y las FARC en medio de sus locuras bombardeó la iglesia y ahí cayeron civiles y paramilitares, lo que pasa es que no nos dicen sino de los civiles, pero ahí también había paramilitares dentro de la iglesia (E27).

Para finalizar, estos primeros resultados, donde hemos conjugado los datos obtenidos en el sondeo de opinión y los relatos obtenidos en las entrevistas cualitativas, amplían el espectro comprensivo sobre los modos en cómo se articulan los recuerdos, las creencias y las emociones para construir un marco de significados orientadores de prácticas políticas obstructivas de los procesos de paz y reconciliación en Medellín a partir de la fabricación de un recuerdo en torno a las masacres de El Salado y Bojayá, tal como se abordará en la discusión.

### **Medios de información**

En el análisis de las respuestas dadas por los participantes a la pregunta por los medios de información con los cuales se enteraron sobre lo ocurrido en Bojayá y El Salado, se encontró que fueron diversos, pero había un patrón similar a las representaciones iniciales. Al ir avanzado en la conversación durante las entrevistas, a las personas que no sabían sobre los hechos de El Salado se les preguntó ¿por qué creían que no sabían acerca de una masacre como esta? A lo que éstos respondieron que, posiblemente no habían tenido suficiente información y referenciaban poca divulgación por parte de la prensa.

Es así como se refieren a la posibilidad de que haya en el país una tendencia social, cultural y mediática para darle un lugar más visible a las acciones deplorables de la guerrilla, que a las acciones de similar condición y magnitud de los paramilitares; incluso uno de los participantes manifiesta que posiblemente en aquella época el Estado “avalaba”

ciertos grupos al margen de la ley y por tanto sus acciones violentas no eran tan visibles:

No sé si es por despiste o qué, o tal vez porque se hayan publicado más las tomas guerrilleras que las tomas paramilitares. No sé si tenga que ver eso o si es por simple despiste mío, que no me enteré de esa masacre de El Salado (E8). Pues sería que quedó en silencio, no les pareció tan horrible, o no dijeron nada en los noticieros, porque yo no me acuerdo... (E2). No estoy seguro si tuvo igual cubrimiento mediático, o repercusión mediática que la que tuvo Bojayá (E11)

Lo expresado anteriormente coincide con la investigación de Alexandra García Marrugo (2012) en la que evidencia, a través de un análisis semiótico del discurso, la forma como 4 diarios colombianos (El Tiempo, El Colombiano, El Heraldo y El País) titularon y desarrollaron noticias en torno a los actores armados en el período 1998 – 2006, llegando a plantear que esto podría sustentar por qué los colombianos odian más a las FARC, que a los Paramilitares, a pesar de evidencias investigativas e históricas que muestran que el proceder de este último grupo afectó con mayor énfasis a la población civil a lo largo del país (CMH, 2013).

E: ¿Por qué cree usted que se acuerda más de los hechos de Bojayá y no de El Salado?

P: Pues, no sé por qué... ¿Sería que fue más publicado el de Bojayá? Tiene que ser. Porque yo de El Salado no recuerdo (E38).

Además de lo anterior, los y las participantes en nuestra investigación, luego de leer los relatos de las dos masacres, manifiestan creer que los medios de comunicación responden a intereses políticos de turno. Por esto, algunas de las personas que no sabían sobre la masacre de El Salado, luego de leer la síntesis que les facilitamos, mencionaron sentir desconfianza ante la información proporcionada por los medios de comunicación del país, sensación acompañada de miedo, pues en la ciudadanía está

instalada la certeza de un peligro inminente que corren las personas que se atreven a hablar de estos temas, que pueden ser no convenientes para ciertos ejes del poder:

P: RCN, con nombres concretos, Caracol, Teleantioquia, publican lo que dejen que publiquen, todo no, todo no ¿cuántos periodistas han muerto en su intento de ser tan francos como soy yo? Por eso se muere... Ser honestos en este momento es un delito. Mire Garzón como lo mataron, y fue un político quien lo mandó a matar, ¿usted sabía? (E25).

E: ¿Cree que estos medios son confiables?

P: La mayoría de las veces no. Porque se amañan, digamos que a la persona o al dirigente que esté de turno (E36).

Algunos participantes también manifestaron que existe una falta de interés en algunos sectores de la ciudadanía para estar informados sobre este tipo de temáticas. Según los participantes, hay una preferencia por mantenerse al margen de este tipo de temas y prefieren ignorarlos porque son muy escabrosos como para ser abordados desde la propia cotidianidad; la cual, desean que sea tranquila y lejana a este tipo de situaciones que generan temor, angustia, desconfianza y desesperanza:

No soy la persona más actualizada en noticias (...) uno ve lo que le pasa alrededor a la vista, pero no está enterado de lo que pueda suceder en el resto del país desde que a uno no le afecte la situación, uno está como al margen de eso (E3). De pronto me faltó las noticias, porque yo hay días que me quedo sin ver noticias por los trabajos que tengo, llego tarde de la noche, entonces no escucho noticias y no me entero. Y con la gente casi no conversamos de esos temas (E23)

De otro lado, algunos de los participantes afirman que una de las causas del silenciamiento sobre hechos de esta índole en la sociedad, pasa por

constatar que hay unas experiencias que han configurado una especie de trauma social, del cual prefieren no hablar, porque miles de personas, fueron marcadas y guardan un intenso dolor que prefieren no recordar:

Porque me da temor y también tristeza de lo sucedido, al ver como las personas están sufriendo por causa de la guerra, uno sufre mucho, entonces uno a veces prefiere mejor quedarse callado (E23). Porque queremos vivir alejados de lo que está pasando, porque como no nos afecta, para no afectarnos nosotros mismos ante el dolor de los demás (E37). Porque yo poco me entero por los medios de comunicación, porque no me gusta casi ver noticias, me deprime, me pone mal, no me gusta (E16).

Además de lo anterior, expresaron que en el país han ocurrido tantos eventos tan desastrosos que las personas terminan confundiendo los hechos:

De un tiempo para acá, eso eran eventos y eventos. De pronto sí, pero en una época en que todos los días había noticias y hechos diferentes, con ataques, con hostigamientos; entonces, llega un momento en que uno se confunde de uno y de otro evento (E5). No me acordaba, es que no es que no sabía, no me acordaba. ¿Ha habido tantas en este país, cierto? (E6).

Estos participantes no suelen conversar sobre estos hechos con las personas cercanas, por eso afirman tener un desconocimiento, puesto que esto implica rememorar y revivir el dolor que pudo haberse causado; optan por no recordar ni narrar el conflicto, como si hubiese una especie de mediación entre la población, donde se introducen sentimientos de pudor y criterios de lo que debe y puede contarse en público o frente a la comunidad, de lo que se puede y lo que debe reservarse al silencio y al olvido, y censurarse. Siendo en este caso un mecanismo importante para que se oculten ciertas prácticas violentas.

Así pues, no sobra hacerse una pregunta: ¿por qué se utiliza este argumento para afirmar que se desconocía la masacre de El Salado, cuando la gran mayoría conocía la masacre de Bojayá y pudieron narrarla y nombrarla sin mayores resquemores ni problemas? Igualmente, si se confunden todos los hechos, especialmente las masacres paramilitares, ¿por qué se puede recordar una masacre como la de Bojayá y otros hechos ‘emblemáticos’ cometidos por las FARC, que se repiten de forma continua en conversaciones familiares y otros espacios sociales, cuando también deberían entrar dentro de este sinnúmero de hechos vividos a lo largo del conflicto armado colombiano?

Quizás subyace una mirada diferencial de ambos hechos que se juzgarían de manera diferente, o que pueden circular más o menos, según su autor. Dentro de las investigaciones sobre las memorias de destello, aquéllas que recuerdan hechos traumáticos graves que han afectado a la sociedad en su conjunto, se ha llegado a la conclusión, que la nitidez y vivacidad del recuerdo no están determinados tanto por una capacidad mnémica de los sujetos, sino porque éstos hechos se repiten de forma múltiple en medios de comunicación y pasan a ser tema de conversación cotidiana (Villa Gómez y Avendaño Ramírez, 2018). La pregunta es clara, ¿será que hubo más y mejores refuerzos mnémicos para la recordación de la masacre de las FARC, que la de los paramilitares?

Ahora bien, las personas que sabían sobre los hechos de la masacre de El Salado y a las que se les indaga por la fuente o medios de comunicación mediante los cuales se enteraron coinciden en que medios como los noticieros, redes sociales y televisión fueron la fuente principal de información:

Tanto la prensa comunicación que actuará como escrita, o sea los periódicos y la televisión noticias. También fue comentario día a día por la población (E1). Noticias, periódico (E17). En las noticias... tu sabes que en el momento sale todo y luego por internet (E30).

Es importante mencionar que para estos participantes, luego de leer la síntesis de las dos masacres, hay dudas ante la confiabilidad que les genera los medios de comunicación, afirmando que podrían tener intereses ocultos para la guerra y que además tergiversan la información bajo la influencia de las élites políticas. Dentro de este grupo de personas hubo algunas que consideraron mucho más confiables los canales internacionales o medios de información “alternativos”,

Creo que son muy parcializados, o se ponen del lado de uno o se ponen del lado de los otros, pienso que siempre se dejan influenciar por la parte comercial; y la parte económica para ellos juega un papel fundamental, pues de antemano son dos grandes gremios económicos los que hay en el país, los Santo Domingo que son los dueños de caracol televisión, y ya con los de RCN que son de Ardila Lulle y su conglomerado, entonces cada quien defiende sus intereses, entonces yo por eso creo que no son imparciales, veo más bien noticias en los canales internacionales (E13). Es como uno se puede empapar de los problemas, no de todos, porque los noticieros que son privados, ellos no dicen toda la verdad, ellos a veces dicen lo que les conviene, pero uno indaga por otra parte y esa es la verdad de lo que pasa en Colombia (E32).

Podría decirse entonces que es relevante el hecho de poder percibir en los y las participantes el conocimiento de los hechos a partir de una información fragmentada, verdades a medias frente a hechos tan importantes que marcaron la historia del país y de miles de víctimas. Valdría la pena preguntarse qué está sucediendo con los medios de comunicación del país y la objetividad de éstos, asimismo, es importante analizar cómo las personas responden a esta información y cuál es su posición al respecto. Es crucial preguntarse el papel significativo que los medios de comunicación juegan en la multiplicación de creencias sociales, narrativas del pasado, discursos y emociones políticas, con un carácter claramente hegemónico, que puntualiza una versión dominante que excluye otras, y posiciona discursos que legitiman la acción

bélica de una de las partes en detrimento de las otras partes (Butler, 2017), con lo cual se constituyen barreras que obstaculizan la paz y la reconciliación y favorecen el mantenimiento de los conflictos mediados por la violencia y la guerra (Bar-Tal, 1998, Borja, Barreto, Álzate, Sabucedo y López López, 2009; Barreto, Borja, Serrano & López, 2009; Cárdenas, 2013; Correa 2006, 2008, Barrera Machado y Villa Gómez, 2018).

### **Representaciones luego de la lectura y comparación de ambas masacres**

Ante el análisis de la categoría “representaciones luego de la lectura” para aquellos que no sabían, y comparando ambas masacres, hay una concordancia en que se ha configurado en ellos una especie de olvido selectivo; ya que al leer los hechos afirmaban saber sobre la masacre de El Salado, pero no la recordaban en el momento en el que se les preguntó. El tema de la producción del olvido selectivo, como se enunció en la introducción, lo ha trabajado con fuerte énfasis Jorge Mendoza (2017), ya que es probable que los medios hayan registrado en sus noticieros ambos hechos, pero cabría preguntarse varias cosas: ¿Cómo fueron registradas? ¿qué adjetivos se utilizaron? ¿Qué tiempos le dedicaron? ¿Cuántas veces fue repetida o cuántas notas relacionadas se publicaron o transmitieron? También en el sondeo de medios realizado en relación con los 3 periodistas y los 8 policías, nos encontramos con un énfasis en la primera noticia sobre la segunda, como se verá más adelante. Además de esto vale preguntarse ¿cómo se han construido las conmemoraciones de ambos hechos en estos medios y en los imaginarios del pueblo colombiano? Puesto que, normalmente el 2 de mayo de cada año se vuelve a traer a la memoria la masacre de Bojayá, incluso el ‘Cristo roto’, símbolo de este hecho, fue llevado al encuentro de las víctimas con el papa Francisco en su visita a Colombia. Mientras que los hechos de El Salado, nadie recuerda siquiera la fecha del acontecimiento, incluyendo a quienes escribimos este texto, quienes tuvimos que consultarla en el

informe del Centro de Memoria Histórica (2009) y constatar que se realizó entre el 16 y el 21 de febrero del 2000. ¿Quién en este país recuerda estas fechas?

No me acordaba en el momento, pero ya relatándome, es imposible que no venga a mi memoria ahora, porque fue un hecho que nos conmocionó a todos, a toda Colombia (E28). No, que eso fue una atrocidad, pues muy espantoso y nadie, por muy malo que sea, se merece que le hagan eso. Eso fue muy doloroso para todos y una injusticia (...) (E9).

Como se vio en la introducción, Daniel Bar-Tal (2003, 2013) cuando hace referencia a las narrativas del pasado en la memoria colectiva se refiere al proceso por el cual un grupo determinado define ciertos hechos como “traumas escogidos” a través de los cuales se le puede imputar maldad y alevosía al enemigo que ejecuta una acción bélica o una violación grave del derecho internacional humanitario o un crimen de lesa humanidad, y con esto, se le atribuye un lugar de deshumanización que limita las posibilidades de atribuirle alguna legitimidad en sus objetivos; por lo que, al percibirse como un no-humano o un monstruo capaz de semejantes crímenes, dejaría de ser un interlocutor válido en cualquier proceso de negociación política. El problema es que en los conflictos armados y en el colombiano, en particular, todos los bandos han cometido este tipo de crímenes.

Por todo esto, aunque la mayoría, luego de leer los hechos se dan cuenta que ambas masacres, desde una visión ética, pueden ser igualmente condenadas y consideradas violaciones graves del derecho internacional humanitario, tal como lo recogen los anteriores relatos, afirmando que fueron hechos muy dolorosos y reiterando que ninguna de los dos tienen justificación alguna, que son hechos lamentables en donde las víctimas fueron personas comunes y corrientes del pueblo; de todas formas, permanece una atribución selectiva de responsabilidad más fuerte al actor

armado que cometió la masacre de Bojayá. Así pues, a pesar de que se encuentra esta visión ética y una atribución de la culpa, “equilibrada”, para ambos actores perpetradores de las masacres, sí hay una diferencia ante la comparación entre ambas, más aún hay una inclinación, en un grupo importante de participantes, por pensar que la masacre de Bojayá fue peor que la masacre de El Salado. Se puede observar en el relato de los participantes este matiz, puesto que después de decir que ambos hechos son considerados como atroces, siempre, en el discurso aparece el signifiante ‘pero’, que connota un diferencial en los términos de la gravedad de la masacre de Bojayá sobre la otra.

Pues ambas, siendo todavía mucho más cruel la de la iglesia porque estaban todos indefensos allá, tiraron una bomba, uno allá sin modo de moverse, pero igual masacre es masacre y ambas son, no pues para mí, algo muy feo. (E16) Pues no sé, la de Córdoba como te digo no tengo mucho conocimiento, leyendo me parece horrible, la cifra 60 campesinos ya es mucho, pero Bojayá es una cosa que... (E26).

Algunas de las razones dadas por estos participantes para creer que la masacre de Bojayá fue peor que la de El Salado fueron: en primer lugar, la cantidad de pérdidas humanas en relación con la afectación a las estructuras familiares del pueblo, pues hay una percepción general de que familias enteras murieron al interior de la iglesia. Sumado a esto, hay una percepción de Bojayá en términos de un antes y un después como un hito en la historia del conflicto en Colombia:

Bojayá porque allá se quedaron hasta seis de una familia, usted sabe que en esa gente las familias son muy numerosas, no es como por acá que son dos, un hijo, todas esas familias se borraron del mapa, muchos otros quedaron con secuelas, quedaron discapacitados, sin pies, sin manos, para mí la peor fue la de Bojayá (E1). Yo pienso que también es como el antes y el después de

Bojayá, porque eso es una cosa que es una vergüenza, eso es demasiado doloroso. (E26).

Otro hecho que causó indignación en los participantes fue la manera y el lugar en el que sucedió la masacre, pues se considera que las personas estuvieron durante el suceso en una situación de indefensión total; además de haber sido en el templo que, como se dijo anteriormente, era un lugar sagrado y protegido, generando mayor impacto en creencias y representaciones,

La de Bojayá me pareció terrible. La pobre gente morir calcinada... me parece muy duro, y la otra pues también, obvio. No es la forma de arreglar las cosas, con tanta violencia (E34). Pues ambas, siendo todavía mucho más cruel la de la iglesia porque estaban todos indefensos allá, tiraron una bomba, uno allá sin modo de moverse (E16). A mí de todas maneras me parece peor la de Bojayá porque es coger un montón de gente amontonada, indefensa, es como cogerlo a uno dentro de un costal y darle contra el mundo, todavía dijéramos gente que se pueda defender que pueda correr, pero uno se imagina encerrado en una parte y que le exploten algo... (E21).

En contraste con estas ideas solo tres personas de las 38 participantes en las entrevistas cualitativas consideraron que la masacre de El Salado fue peor que la masacre de Bojayá, en especial por la sevicia con la que los paramilitares hostigaron a los pobladores y los sacaron de sus casas para asesinarlos, además de las graves violaciones a los derechos de las mujeres que se cometieron allí y la exposición que tuvieron que sufrir los habitantes ante estos hechos violentos y excesivamente traumáticos:

Me parece muy horrible la de El Salado porque las mujeres, que abusaron de ellas, y pues que las aterrorizaban, me parece horrible (E2). Porque los sacaban de las casas para asesinarlos y hacían matanzas grandes. Entonces yo me imagino que fue más duro, sí, porque sacar a la gente directamente de las casas; sufren mucho las

madres, todo el grupo familiar sufre mucho viendo que le están sacando un hijo o la familia o la mamá, es muy duro para uno (E23).

Por último es importante resaltar que un número significativo de participantes consideran que ambas masacres son igual de atroces, sin distinción alguna del actor y los hechos cometidos, asegurando que el dolor y los daños psicológicos que puede sufrir una persona son inmedibles e injustificables; así mismo, estos participantes dan cuenta que al elegir una masacre como si fuese la peor, se estaría deshumanizado a las víctimas y contribuyendo a generar una visión reduccionista que termina por naturalizar el conflicto:

No me sentiría con la capacidad de decir que alguna fue peor que la otra, siento que cualquier hecho violento tiene igual significado que uno que sea menos nombrado, la violencia no tiene ningún significado, ninguna justificación, no tiene por qué tener ninguna aceptación, (...) siento que ambas masacres fueron igual de trágicas, todas las personas incluidas que hayan muerto más o menos, todas sufrieron por igual (E14). Me parece muy inhumano decir que hay una masacre peor que otra, porque es que no podemos decir que una fue más importante que otra por el número de muertos, por el solo hecho de que haya una vida perdida en un lugar por causa de la guerra ya eso es importante y es fatal (E15).

### Otros dos crímenes de guerra

El estudio sobre estos dos nuevos hechos (asesinato de tres periodistas ecuatorianos por disidencias de las FARC y de ocho policías en Urabá por el clan del Golfo) emergió porque en algunos casos en que se habían presentado públicamente los resultados en torno a las masacres de Bojayá y El Salado, solía presentarse una pregunta u objeción, en la que se afirmaba que estábamos hablando de hechos que sucedieron hace casi 20 años, y que muchas personas pueden, sencillamente no tenerlos como referentes, dentro de una economía cognitiva

era muy probable que alguno de ellos fuera olvidado. Además, porque se afirmaba que el significante 'Bojayá' no es fácil asociarlo a otras cosas, como sí sucede con 'El Salado'. Frente a esta objeción, desde el Semillero Interacciones, decidimos emprender un nuevo sondeo en el comienzo del 2019, con el objetivo de, o bien, sustentar con más fuerza los resultados anteriormente enunciados en este texto, y debatidos en la discusión; o bien, para quitarle la fuerza heurística que puede tener el desarrollo de los hallazgos y reflexiones que se suscitan de nuestra investigación. Sin embargo, y según los resultados, parece que la tesis que sostenemos en el presente texto, no sólo no se cuestiona, sino que además se fortalece aún más.

En este segundo sondeo participaron 172 personas, de las cuales, 116 (67,5%) recordaron con claridad el homicidio de los periodistas ecuatorianos, identificando los hechos, los autores y las circunstancias, resaltando la autoría de alias "guacho" y de la disidencia de las FARC, y en no pocos casos, señalando que era la prueba del fracaso de la negociación y el proceso de paz entre el Estado colombiano y las FARC. 20 personas (11,6%), conocían el hecho, pero no tenían claras las circunstancias y los autores, incluso algunas de ellas, 5 en total, expresaron que el autor habría sido el ELN. Finalmente, 36 personas (20,9%) no conocían el hecho y no tenían ninguna referencia de éste.

En relación con el atentado y homicidio a los 8 policías que custodiaban una comisión de reclamantes de tierra en Urabá, solamente 7 personas (4,1%) conocían el hecho, dando cuenta de los autores y las circunstancias, reconociendo que se trataba de un grupo armado ligado al Clan del Golfo, de carácter neoparamilitar y en oposición a la restitución de tierras en la región. 15 personas, (8,7%) habían escuchado algo de este acontecimiento, pero no tenían claros ni los móviles ni la autoría, y más de la mitad, atribuyó el atentado al ELN. Finalmente, 150 personas (87,2%) no tenían ningún conocimiento de esta

acción violenta que ocurrió en la misma semana en que fueron asesinados los periodistas ecuatorianos, exactamente un día antes.

Cuando se les preguntó por la procedencia de la información, a quienes recordaban los hechos, la mayoría (70%) indicó que su fuente habían sido las noticias en la televisión, y el resto por redes sociales. Lo sorprendente es que cuando se les preguntó por qué no recordaban alguno de los hechos, especialmente el de los policías, encontramos respuestas como:

“Matan tanta gente que uno no se acuerda”, “son tantas las noticias que hablan de la muerte de policías que uno no tiene por qué saber la razón por la que se los matan”, “le tenía cierta indiferencia porque la noticia de los policías fue muy lejos de aquí”, “no me gustan las noticias tristes”, “lo de los periodistas era más importante porque estaban secuestrados, eran extranjeros y es una prueba de que los acuerdos de paz no van a funcionar”, “No me siento tocado por la realidad colombiana”, “no veo noticias por televisión porque hablan de muchas muertes”.

Lo paradójico, es que nuevamente, como en la comparación de la masacre de Bojayá y El Salado, una inmensa mayoría conoce los hechos de los tres periodistas y refiere haberlos visto en noticias y en televisión o redes sociales; Por lo menos un 79,1% tenía alguna referencia del hecho; y a la inversa, una inmensa mayoría (89,2%) no tenía ningún conocimiento del asesinato de los policías en Urabá. Es inevitable la pregunta por la forma como se fabrica y se configura el recuerdo, ¿qué hace que un hecho venga inmediatamente a la memoria de los y las participantes, y que otro ni siquiera sea referenciado por una gran mayoría? ¿Por qué, y de forma semejante al sondeo de las dos masacres, los y las participantes afirman que el dolor o la indiferencia o el exceso de violencia no les permite recordar claramente uno de los hechos, pero paradójicamente sí recuerdan el otro?

Intentando avanzar un poco más en el ejercicio y siguiendo a García Marrugo (2012), realizamos un paneo en Google.com, el día 10 de marzo de 2019 para recoger las noticias que referenciaban estos hechos en los principales diarios del país (El Tiempo, El Espectador, El Colombiano, El País, El Herald y Vanguardia Liberal), y leímos sus titulares. Encontramos que en relación con la muerte de los periodistas ecuatorianos se habían producido 88 notas de prensa en estos diarios, mientras sobre los hechos concernientes a los ocho policías, únicamente 28, tal como puede verse desglosado en la siguiente tabla, siendo El Herald quien dio más cubrimiento a la noticia de los policías asesinados esa misma semana.

Diario	Número de noticias sobre Periodistas Ecuatorianos	Número de noticias sobre Policías Urabá
El Tiempo	16	4
El Espectador	17	4
El Colombiano	14	4
El País	11	4
El Herald	14	10
Vanguardia Liberal	16	2
<b>TOTAL</b>	<b>88</b>	<b>28</b>

Fuente: Realización propia.

Al comparar estas dos cifras (88 y 28) emergen nuevas preguntas. ¿Nos bombardean o inundan con algunos hechos, mientras otros son solamente enunciados? Es claro que no se podría acusar a ningún medio de no informar ambos hechos, como tampoco sucede con Bojayá y El Salado, los cuatro crímenes de guerra fueron recogidos en los medios de comunicación. Sin embargo, son inevitables las preguntas en torno a los énfasis que se hacen, sólo en el número de notas, la diferencia es altamente significativa, también cabría preguntarse por las formas como son narradas, enunciadas. Eso fue lo que hicimos en el siguiente paso del análisis.

Así pues, al leer los titulares pudimos observar una diferencia importante en el uso de los significantes, los adjetivos utilizados, la determinación de las responsabilidades, la enunciación directa o indirecta y el nivel de contundencia en las afirmaciones en torno a los hechos. En relación con los periodistas nos encontramos titulares que definen de entrada los hechos como asesinato y a los autores responsables: “Fueron asesinados en cautiverio” (El Espectador), “Guacho mató a reporteros ecuatorianos porque no hubo canje” (El Tiempo), y se refieren a los hechos en término como: “cobarde asesinato” (El Herald), y se califica a los autores como criminales o asesinos (El Tiempo, El Colombiano), como se ha dicho, responsabilizando a alias “Guacho” de este crimen y aludiendo directamente a las disidencias de las FARC.

Por su parte, estos mismos medios titulan de la siguiente manera algunas de las notas referenciadas y en relación con el también asesinato de los 8 policías: “Mueren 8 policías en Urabá” (El País, El Espectador), “Estos son los 8 policías que fallecieron tras el atentado” (El Herald), “Muerte de policías aún sin esclarecer” (El Colombiano). ¿Puede notarse claramente la diferencia en la forma de titular los hechos? Solamente al interior de la noticia se realiza una atribución de responsabilidad que no es directa, sino utilizando el tiempo condicional en la conjugación: “El clan del Golfo sería el responsable” (El Herald, El Tiempo), y el tema de la protección a un cuerpo judicial vinculado a la unidad de restitución de tierras y la función de los policías que acompañaban a esta unidad y a campesinos reclamantes queda incluida en el contexto de la noticia como un dato más, sin que se ligue una relación de causalidad entre el atentado y la reclamación de tierras, ni mucho menos existe una alusión a que se trata de una variante de paramilitarismo o una disidencias de las AUC, ni a la utilización de servicios de grupos armados ilegales con el fin de impedir los procesos de restitución de tierras en Colombia, ni una referencia a que esto sería producto de un

posible fracaso en la negociación entre el Estado y las AUC, cosa que tampoco dijo ninguno de los participantes entrevistados.

De nuevo emergen preguntas: ¿Es casual que una de las noticias tenga 88 entradas y la otra 28, es decir, esta desproporción es circunstancial? ¿Por qué en un caso los titulares son taxativos y contundentes en las afirmaciones, y en la otra son elusivos, casi eufemísticos y se utiliza el condicional para nombrar a los responsables? ¿Qué diferencias podemos establecer entre el significante ‘asesinato’ y el significante ‘muerte’? ¿Denominar “asesinato” a uno de los hechos, y referirse al otro como “muerte” o fallecimiento” tiene algún impacto en la construcción de la representación social del hecho y en la forma de recordación por parte de la ciudadanía? ¿‘muerte’ simplemente se refiere, pragmáticamente, en su significado a un hecho ‘natural’ y ‘asesinato’ a un acto cometido con alevosía? Es claro que no podemos establecer relaciones de causalidad, ni hacer afirmaciones taxativas al respecto. Los alcances de este estudio, tanto en el sondeo sobre Bojayá y El Salado, como en la profundización cualitativa sobre estos hechos, y este nuevo sondeo sobre el asesinatos de los 8 policías en Urabá y los tres periodistas ecuatorianos, son limitados y exploratorios; sin embargo, abren preguntas significativas para seguir investigando. Y nos permiten abrir la discusión sobre la fabricación del recuerdo en contextos de conflicto armado y como barrera psicosocial para la construcción de la paz en Colombia, en diálogo con los autores referenciados en la introducción.

## Discusión

Se podría afirmar que hay una diferencia significativa de resultados frente al conocimiento de los hechos estudiados, todos con alta dosis de atrocidad, pero cometidos por grupos armados diferentes. Uno de los elementos sobresalientes es la diferencia entre las personas que no saben sobre la Masacre de El Salado (72,4%) y los policías

asesinados en Urabá (87,2%) y las personas que no saben sobre Bojayá (27%) y los periodistas ecuatorianos (20,9%) a pesar de haber sido hechos intensamente violentos; y viceversa, el grado de conocimiento de los hechos 11,2% para El Salado y 4.1% para los policías y 73% para Bojayá y 67,5% para los periodistas. Datos que revelan casi simetrías en la percepción y el recuerdo.

Podríamos afirmar que hay una diferencia significativa en el nivel del impacto cognitivo y emocional que generan los hechos perpetrados por las FARC (y según esta investigación, también sus disidencias) en, por lo menos, estos participantes de la ciudad de Medellín, que sin ser una muestra representativa en términos estadísticos, sí permiten delimitar indicios importantes sobre la forma como se construyen creencias, representaciones y recuerdos sobre estos hechos. Así, las acciones perpetradas por este grupo armado son interpretadas, casi de forma personal, puesto que este tipo de ataques suelen ser caracterizados, no como ataques selectivos a un grupo o personas determinadas, sino como ‘crímenes’ que tienen un alcance masivo y ponen en riesgo a toda la sociedad, a toda la población. Esto permea el sentido común, las creencias cotidianas y las formas sutiles del recuerdo, constituyendo imaginarios colectivos y representaciones sociales en una clara atribución de responsabilidad de la guerrilla como actor que ha vulnerado lugares, espacios, símbolos que servían como referente colectivo, lo que genera que toda la población termine sintiéndose víctima de este actor armado (Villa Gómez, 2019). ¿Tendrá que ver esto con el nivel de exposición mediática de sus acciones? Quizás por esta razón, de forma equivocada pero dicente, un número significativo de participantes en el segundo sondeo atribuye ambos hechos (el de los policías y el de los periodistas) al ELN, en un contexto donde este comienza a emerger como un nuevo “enemigo” para el establecimiento.

En el caso que se profundizó y dio pie a esta investigación (Bojayá), de una u otra forma, los y

las participantes en esta investigación, se sienten como ‘subsidiarios’ de las víctimas y de todo lo que pasó allí, que en el lenguaje se connotan con palabras como ‘nos’, o con sentimientos de rabia e indignación. Mientras no se manifiestan este mismo tipo de sentimientos y expresiones, en relación con la masacre de El Salado, que como se ha dicho, del 11,2% que decían conocer algo, un buen número no tenían tan claros los móviles, o los actores o los hechos; y al mismo tiempo no califican la acción con los mismos adjetivos que se valora la masacre cometida por las FARC.

En el caso de los paramilitares, a menudo, los ataques contra la población civil, y en especial las masacres perpetradas resultan ser uno de sus principales mecanismos de guerra, convirtiéndose en una lógica destinada a obtener resultados estratégicos: intimidación a la población para doblegarla, someterla, desplazarla o erradicarla (Centro de Memoria Histórica, 2013). Sin embargo, esto parece no estar tan claro en los recuerdos y creencias sociales de los y las participantes. Así pues, los recuerdos construidos acerca de los miembros de las AUC, o “sus disidencias”, que se suelen identificar por sus excesos hacia la población civil, dejando una sensación de agresividad y violencia desmedida en sus víctimas, han sido en gran medida legitimados por buena parte de la sociedad civil, que podría relacionarse con la forma como los y las participantes de la presente investigación recuerdan, o mejor dicho, olvidan, nombran y valoran sus hechos (en este caso la masacre de El Salado) y los representan y recuerdan en un primer momento (Schel, 2009), pero también sucede con un hecho más cercano en el tiempo, como la de los 8 policías en Urabá, donde se dan los mismos mecanismos representacionales y mnémicos. Autores como Martín-Baró (1989, 2003) reconocen que la función ideológica de los discursos contrainsurgentes busca, al mismo tiempo que se deslegitima y denigra el accionar violento de las guerrillas, justificar y soslayar, incluso legitimar las acciones contrainsurgentes de grupos armados ilegales que funcionan paralelamente al Estado,

es decir, los grupos paramilitares.

Por otro lado, en otras investigaciones se puede referenciar, no sólo un apoyo por parte de la población civil hacia el ejército y las Fuerzas Militares, sino también una identificación que se evidencia en sentimientos de orgullo, patriotismo y admiración, llegando incluso a ignorar y pasar por alto, hechos de violación a los derechos humanos, como los mal llamados falsos positivos y otras acciones que han violado el DIH por parte de la Fuerza Pública (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez, Barrera Machado, Rúa, Serna y Estrada Atehortúa, 2019). Esto se relaciona con algunas de las creencias que estudia Daniel Bar-Tal (1998, 2010, 2013) en el conflicto palestino-israelí, tales como la deslegitimación del adversario, la exaltación de la bondad del propio grupo y de los propios objetivos, de tal manera que todas las acciones del enemigo son leídas a la luz de su maldad intrínseca, su condición perversa y sus objetivos malignos; mientras que las acciones del propio grupo como heroicas y loables; y la de quienes fueron leídos como sus aliados, como un 'mal menor' en la lucha contrainsurgente, por esto, son soslayadas, de su maldad intrínseca, su condición perversa y sus objetivos malignos; mientras que las acciones del propio grupo como heroicas y loables; y la de quienes fueron leídos como sus aliados, como un 'mal menor' en la lucha contrainsurgente, por esto, son soslayadas, disculpadas y legitimadas en función de la propia sobrevivencia, el cuidado de valores superiores, la seguridad propia y la protección de los propios proyectos de vida (Cfr. Villa Gómez, 2019), en nuestro contexto, la lucha contra el comunismo como aquél que atenta contra la civilización cristiana, la libertad y los valores de la sociedad (Martín-Baró, 1998).

Es necesario plantear interrogantes y preguntas profundas, desde nuestra perspectiva de la psicología social crítica latinoamericana, sobre el repertorio histórico puesto en circulación para estos crímenes de guerra, puesto que los resultados

dan cuenta de los mecanismos a través de los cuales se construye la memoria colectiva y se fabrica el recuerdo en el marco del conflicto armado colombiano, que a su vez configuran las creencias sociales que se desarrollan en torno a este conflicto y la construcción de paz y reconciliación en Colombia. Puesto que, en este proceso, a través de los discursos, las redes sociales, los medios de comunicación, los vacíos en la educación (Cfr. Bar-Tal, 1998, 2010, 2013, 2017) se moldea la opinión pública, se orientan las percepciones y se fabrica lo que se recuerda y lo que se olvida.

De otro lado es fundamental preguntarse quién o quiénes se benefician de la instauración de ciertas formas del recuerdo, en lo cual, también la disputa por los sentidos se da no solamente en los medios de comunicación, sino también en la educación. En una de sus investigaciones, Daniel Bar-Tal (2003, 2013) recoge el estudio de los textos escolares en Israel entre 1950 y 1980 y evidencia cómo se ha construido una memoria que refuerza la configuración del endogrupo como víctima y la del adversario como un enemigo que quiere desposeerles de la tierra. Si bien en Colombia no se ha producido una construcción sistemática sobre algunas memorias que por ejemplo, pretenden negar la existencia del conflicto armado, se pueden poner varios ejemplos a través de los cuales este proyecto pareciera estar en curso: la supresión de la enseñanza de la historia en la educación primaria y media, desde 1993; la insistencia de parte de sectores políticos en el país para suprimir la libertad de cátedra para evitar la formación política de los estudiantes, y, más recientemente, las disputas por la dirección del Centro Nacional de Memoria Histórica en cabeza de académicos que niegan la existencia del conflicto armado; inalmente, la aparición de unas cartillas de una prestigiosa editorial que hacían un panegírico a la política de seguridad democrática en el período 2002 –2010, período en el cual se produjeron aproximadamente entre un 45% y un 50% de las víctimas del conflicto armado en Colombia, según cifras de la Unidad de Atención y

Reparación – UARIV (Red Nacional de Información, 2019, enero 29).

De esta forma, se van construyendo marcos de comprensión que le dan sentido a la vida cotidiana de la gente, pero también a sus valores, sus intereses, sus metas y a la forma como piensa y siente el mundo sociocultural y político, y, por tanto, el conflicto armado, delimitando la forma como actúa en todos estos escenarios, cómo orienta sus puntos de vista, cómo vota y qué tipo de políticas respalda. De tal manera que estas memorias instauradas de forma hegemónica, las creencias desplegadas como sentido común, evidencian el proceso de manipulación e ideologización del cual se habló en la introducción. Esta estrategia es considerada por Martín-Baró (2003) como la mediación psíquica del poder que permite el ejercicio de este, no solo a través de la violencia directa, sino también por medio de la manipulación de la conciencia, el repertorio emocional, narrativo y simbólico de los sujetos utilizando herramientas de corte político, mediático, social y educativo; todo lo que sea necesario para prolongar un conflicto (Nasi & Rettberg, 2005; Barrera Machado y Villa Gómez, 2018).

Hay una fuerte carga simbólica que permea las dinámicas sociales en todos los espectros posibles, especialmente en las creencias y relaciones políticas que benefician intereses de grupos sociales específicos que buscan el poder (Martín-Baró, 2003; Barrera Machado y Villa Gómez, 2018); configurando finalmente las visiones del mundo, del pasado y del presente de los sujetos que habitan los territorios, es decir se configura un modo de vida colectivo que beneficie como fin último e imperceptible los intereses de las elites sociales del poder mediante esta fabricación del recuerdo y las narrativas de memoria a través de las cuales circula, que configuran, a su vez, las creencias sociales y las orientaciones emocionales colectivas que se dirigen hacia uno de los actores (Bar-Tal & Halperin, 2014; Villa Gómez, 2019; Villa Gómez y Barrera Machado, 2017).

Es importante preguntarse por qué muchos de los participantes en sus relatos evidencian una cierta cristalización de los recuerdos que constituyen una memoria colectiva de estas masacres, en la que algunas (Bojayá y el asesinato de los periodistas) gozan de un fiel recuerdo, que suele corresponderse con las memorias oficiales que fueron puestas en circulación, lo que no sucede con las de El Salado y los 8 policías asesinados en Urabá. Así pues, no se trata de un tema de presentación de un hecho y de su registro, sino también de las formas como se construye la memoria de las acciones perpetradas por cada uno de los bandos en medio de una guerra. Así la nitidez del recuerdo, la vivacidad del mismo, la descripción de detalles y el nivel de impacto emocional, estarán claramente relacionados con la forma como estos fueron presentados por medios informativos y otras formas de comunicación que suelen prevalecer cuando se presentan algunos hechos: tiempos que se le dedican en el espacio informativo, las veces en que se repite la noticia, tono de los presentadores y de los periodistas, música con que se acompaña, repetición de imágenes, etc. (Bellelli, Leone & Curci, 1999; Correa, 2006, 2008; Tamayo-Agudelo, 2012; García Marrugo, 2012; Tinti et al., 2014 y Vallet, Manzanero, Aróztegui y García Zurdo, 2017). En nuestra pesquisa encontramos para el segundo sondeo, que los medios de prensa escrita producían en 88 ocasiones, noticias relacionadas con los periodistas, con titulares de enunciación directa de los hechos, los autores y la utilización de calificativos para éstos; en contraposición a las 28 veces que se produce la noticia de los 8 policías, asesinados en la misma semana, pero con una difusión mucho menor, y con enunciaciones elusivas o indirectas sobre hechos y responsabilidades.

Si se miran las masacres estudiadas en el estudio cualitativo, en el caso de la masacre de Bojayá, para los y las participantes, ésta fue más violenta e impactó más a la sociedad; y, por tanto, ha sido más y mejor recordada. Además, se pudo observar una cierta discriminación al tener claro que fue perpetrada por las FARC, mientras no tanto en la

otra, por paramilitares, de tal manera que distribuyeron responsabilidades entre los dos actores y evaluaron su conducta, para determinar su jerarquía; y, por lo tanto, clasificaron a una peor que la otra, incluso después de leer los dos textos que se les presentaba. Esto nos lleva a preguntar nuevamente por la forma como se está haciendo lectura de las diferentes acciones de los grupos armados en el marco del conflicto armado interno, teniendo en cuenta que, existe una información fragmentaria sobre ambas masacres, porque, las personas no logran calcular la dimensión ni la magnitud que ambas implicaban.

Pareciera que el recuerdo, lo que se cree y la valoración sobre estos hechos va más allá de una escala individual de valores y se corresponden con formas a través de las cuales se fabrica el recuerdo y se posicionan creencias en el imaginario social desde lugares de poder que distribuyen ideológicamente sentidos para dividir bandos en buenos y malos, amigo y enemigo, violencia buena y violencia mala, víctimas de primera y víctimas de segunda, víctimas por las que se llora y víctimas que se celebran, en una lógica macabra que se convierte en ethos del conflicto, lo legitima y constituye una clara barrera para la construcción de la paz y la reconciliación.

Judith Butler (2017) se pregunta por las vidas no lloradas, por aquella víctimas de las guerras que pueden ser miles o millones y que nadie puede ver, porque no se pueden introducir dentro de sus marcos de sentido y significación. En el caso de los ataques del 11 de septiembre en los Estados Unidos en contraposición a las guerras desatadas a partir de allí por parte de este país, con el apelativo de “guerra contra el terror”, pareciera que las más de 3.000 víctimas de los atentados en las torres gemelas, merecen el duelo, el repudio de los hechos, la solidaridad y la conmoción mundial. Las víctimas en Afganistán, Irak, Siria, Yemen, Libia, que se cuentan en cientos de miles, son simplemente una estadística más, nadie las ve,

parecen ser no-lloradas por la opinión pública mundial, parecen ser la consecuencia ‘natural’ de los operativos con los cuales se nombran estas acciones bélicas (‘Tormenta del desierto’, ‘Shock & awe’, etc.), víctimas no-lloradas.

En el caso colombiano, los más de 500 líderes sociales asesinados luego de firmar los acuerdos de paz entre el Estado Colombiano y las FARC, las casi 9.000.000 de víctimas registradas en la unidad gubernamental para su atención y reparación (Red Nacional de Información, 2019), los excombatientes asesinados, parecen no despertar ninguna solidaridad. Las víctimas de Bojayá y los periodistas ecuatorianos contaron con el llanto, el horror, la solidaridad de un país, con el derecho de ser recordadas, mientras fueron funcionales a un relato que evidenciaba la maldad de las FARC o de sus disidentes; mas no lo son tanto en la aplicación de las medidas de reparación (CNM, 2009). Las de El Salado y los 8 policías acompañantes de una comisión que reclamaba las tierras usurpadas en el marco del conflicto armado, tienden a pasar al anonimato, al silencio, al olvido. A día de hoy, en el inicio de 2019, los líderes de la comunidad de El Salado vuelven a ser amenazados, y no se despierta ninguna solidaridad nacional, no se hacen marchas para defender su vida, sus valores. Mientras desde siempre se han llorado las víctimas de las guerrillas, sucedió con los secuestrados políticos de las FARC y con las víctimas de los atentados recientes del ELN: hay movilización, solidaridad, llanto y difusión mediática. Es más, casi que podría afirmarse que, según el autor de los hechos y los intereses en juego, hay policías llorados (las víctimas del atentado con carrobomba en la Escuela de Cadetes General Francisco de Paula Santander), pero policías no llorados, las víctimas con atentado explosivo que acompañaban a reclamantes de tierra, asesinados por integrantes del Clan del Golfo en una acción claramente de oposición a la restitución de tierras y de cuño paramilitar.

Por esta razón realizamos el segundo sondeo, porque teníamos la intuición que la mayoría de los participantes (79%, sumando quienes conocían muy bien los hechos o tenían alguna idea de los mismos) recordaría claramente a los tres (3) periodistas ecuatorianos asesinados vilmente por alias ‘Guacho’, de las disidencias de las FARC, pero una buena mayoría (87,2%) habría olvidado a los ocho (8) policías que acompañaban a líderes reclamantes de tierra, que fueron asesinados en Urabá por grupos neoparamilitares, teniendo en cuenta que estos hechos acaecieron durante la misma semana. De la misma manera, también, todos recordarán las víctimas del atentado con carro bomba en la Escuela de Cadetes Francisco de Paula Santander el 17 de enero de 2019; pero todos habrán olvidado a los más de 28 líderes sociales asesinados en los comienzos de este mismo año, a los más de 100, desde que comenzó el gobierno de Iván Duque Márquez y, como se ha dicho, a los policías (también ‘héroes de la patria’ que cayeron cumpliendo con el deber de proteger a reclamantes de tierras): policías llorados y no llorados.

Así, según Butler (2017) el duelo abierto, la indignación moral, la rabia por la violencia, son reacciones afectivas que están moduladas, reguladas, incluso manipuladas por regímenes de poder que definen cuáles son las vidas ‘valiosas’ que merecen ser lloradas, y cuáles no. De tal manera que algunas serán lamentadas y otras olvidadas, sobre unas se fabricará el recuerdo y sobre otras el olvido (Mendoza, 2017). Por eso, junto con esta autora (Butler, 2017) y con las mujeres del Oriente Antioqueño (Villa Gómez, 2009) tendríamos que preguntarnos: ¿Qué ocurriría si los muertos en las guerras en curso fueran llorados de una manera igual de abierta? (Butler, 2017; p. 65), ¿Qué pasaría si conociéramos todos sus nombres, sus sueños vitales, sus historias de vida? ¿Qué pasaría si con la misma intensidad los medios de comunicación le dedicaran el mismo tiempo, la misma cantidad de notas y referencias, el mismo género literario y la

misma emocionalidad a las víctimas que ha producido el Estado y el paramilitarismo en Colombia, que a las víctimas, especialmente las pertenecientes a élites políticas, militares o económicas, producidas por las FARC?

La ausencia de una mirada completa sobre la guerra y la violencia, sobre el dolor que causa en todos los actores sociales, la incapacidad para ver como el adversario también sufre la muerte de sus seres queridos es una falla en los procesos de construcción de marcos de significados que permitan legitimar la democracia y otros valores modernos (Butler, 2017). Ya que esas normas y valores sociales que configuran el recuerdo, la percepción y las creencias, es previa; es decir, es una falla ética, un vacío civilizatorio, una ruptura con lo que fundamenta la convivencia en un mundo que pretenda respetar los derechos humanos, de tal manera que con Adorno debamos finalizar diciendo que “la violencia practicada en nombre de la civilización revela su propio carácter bárbaro al tiempo que justifica su propia violencia presuponiendo la subhumanidad (condición de bárbaro – no humano-) del otro contra quien va dirigida esa violencia” (en Butler, 2017, p. 134). Así estas vidas son no-lloradas, olvidadas, invisibilizadas. Se fabrica el recuerdo y se construyen percepciones y creencias, que al final, dejan a las grandes mayorías en una situación de impotencia e inermidad, a merced de ese monstruo grande y ‘pisafuerte’, donde se es una cifra más.

De allí la importancia de reconstruir la memoria, de producir memorias resistentes, versiones alternativas, condolernos con las víctimas y no aceptar, bajo ninguna circunstancias, la legitimación de la eliminación de ningún adversario, para poder reconocer en unos y otros sus necesidades, intereses y deseos; de tal manera que podamos llorar Bojayá y El Salado, a los policías asesinados en Urabá y en la Escuela General Santander, a los periodistas ecuatorianos, y a los casi 9 millones de víctimas que ha dejado este largo conflicto armado sin sentido; y así, ver,

tomar conciencia y recordar las atrocidades de la los policías, al pueblo y a las élites, porque al final guerra en ambos escenarios; y, a su vez, proteger todos y todas merecemos ser llorados. tanto a los líderes sociales comunitarios, como a

## Referencias bibliográficas

- Angarita Cañas, P.E., Gallo, H., Jiménez Zuluaga, B.I., Londoño Berrío, H., Londoño Usma, D., Medina Pérez, G., Mesa Bedoya, J.A., Ramírez Jiménez, D., Ramírez Ortiz, M.E. y Ruiz Gutiérrez, A.M. (2015). La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano: 1998 – 2010. Medellín, INER Universidad de Antioquia, Silaba.
- Arias, C., & Barreto, I. (2009). Consumo ideológico: creencias sobre la política de seguridad democrática e imagen del presidente Álvaro Uribe Vélez. *Universitas Psychological*, 8(3), 749–760.
- Aponte Otálvaro, J.E. (2013). Estrategias enunciativas y control discursivo del pasado: violencia y memoria en la enseñanza de las ciencias sociales en Colombia. En: Castillejo, A. & Reyes, F.L. (eds.): *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual*. PP. 427 - 440. Bogotá: Ediciones USTA.
- Barreto, I., Borja, H., Serrano, Y., & López-López, W. (2009). La legitimación como proceso en la violencia política, medios de comunicación y construcción de culturas de paz. *Universitas Psychologica*, 8(3), 737-748.
- Barrera Machado, D. y Villa Gómez, J.D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación: aproximación a un estado de la cuestión. *Revista EL AGORA*, 18(2), 459 – 478.
- Barrero C., E. (2011). Estética de lo atroz: psicohistoria de la violencia política en Colombia. Colombia: Ediciones Cátedra Libre.
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs of intractable conflicts. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22-50.
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs of intractable conflicts. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22-50.
- Bar-Tal, D. (2000). From Intractable Conflict Through Conflict Resolution to Reconciliation: Psychological Analysis. *Political Psychology*, 21(2), 351-365.
- Bar-Tal, D. (2003) Collective Memory of physical violence: its contribution to the culture of violence. En Cairns, E. and Roe, M.D: *The Role of Memory in ethnic conflict*. Palgrave, Macmillan, New York.
- Bar-Tal, D. (2010). Culture of conflict: involvement, institutionalization, and consequences. *Personality, Human Development, and Culture: International Perspectives on Psychological Science*, 2, 183-198.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: University Press.
- Bar-Tal, D. (2017). Intractability. En H. Giles & J. Harwood (Eds.) *Encyclopedia of intergroup communication*. New York: Oxford University Press. doi:<http://communication.oxfordre.com/view/10.1093/acrefore/9780190228613.001.0001/acrefore-9780190228613-e-434>
- Bar-Tal, D., Halperin, E. & Oren, E. (2010). Socio-psychological Barriers to Peace Making: The Case of the Israeli Jewish Society. *Social Issues and Policy Review*, 4(1), 63 – 109.
- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2014). Barreras sociopsicologicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 15-30.

- Bekerman, Z., & Zembylas, M. (2010). Fearful symmetry: Palestinian and Jewish teachers confront contested narratives in integrated bilingual education. *Teaching and teacher education*, 26, 507-515.
- Bellelli, G., Leone, G. y Curci, A. (1999). Emoción y memoria colectiva. *Psicología Política*, 18, 101-124. Recuperado de <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N18-6.pdf>
- Blair, E. (1995). La imagen del enemigo ¿un nuevo imaginario social? *Revista de Estudios Políticos*, 6, 47 – 71.
- Blanco, A. (2007). La condición de enemigo. El ocaso de la inocencia. En M. Cancio, & L. Pozuelo, *Política criminal en vanguardia* (págs. 259-305). Madrid: Thompson/Civitas.
- Blanco, A., & De la Corte, L. (2003). Psicología social de la violencia: introducción a la perspectiva de Ignacio Martín Baró. En I. Martín-Baró, *Poder, ideología y violencia* (págs. 9-62). Madrid: Trotta.
- Borja, H., Barreto, I., Alzate, M., Sabucedo, J., & López, W. (2009). Creencias sobre el adversario, violencia política y procesos de paz. *Psicothema*, 21(4), 622–627.
- Bruckner, P. (1996) *La Tentación de la inocencia*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- Butler, J. (2017). *Marcos de Guerra: las vidas no lloradas*. Barcelona: Paidós Básica.
- Cabrera, M. (2013). *Espectáculos de Estado: visibilizando al enemigo en la seguridad democrática*. En: Castillejo, A. & Reyes, F.L. (eds.): *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual*. PP. 67 – 87. Bogotá: Ediciones USTA.
- Cárdenas, J. D. (2013). Opinión pública y proceso de paz: actitudes e imaginarios de los bogotanos frente a la paz de la Habana entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC. *Ciudad Paz-ando*, 6(1), 41-58.
- Castellanos, E. (2014). Discurso e ideología de Álvaro Uribe Vélez sobre las guerrillas colombianas y su impacto en los procesos de paz en Colombia. *Discurso y sociedad*, 8(2), 182 – 209.
- Centro de Memoria Histórica (2009). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Bogotá, editorial Taurus.
- Centro de Memoria Histórica (2010). *Bojayá: la guerra sin límites*. Bogotá: Editorial Taurus.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CMH. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Correa J.M. (2006). Desinformación y propaganda: estrategias de gestión de la comunicación en el conflicto armado. *Reflexión Política*, 8(15), 94-106.
- Correa J.M. (2008). El lenguaje de los medios que intensifica el conflicto armado colombiano. *Reflexión Política*, 10(19), 106-113.
- Corry, G. (2005). *Del Conflicto Armado a la Solución Política Negociada: Lecciones del proceso de paz de Irlanda del Norte*. Ponencia presentada en III Congreso Nacional de Reconciliación. Pastoral Social Nacional. Bogotá.
- García Marrugo, A. (2012). *The Texture of ideology: demonstrating bias in the representation of the internal conflict in the colombian press*. Tesis presentada para el título de doctor en Filosofía, Departamento de Lingüística de la Facultad de Ciencias Humanas, Macquarie University, Sidney, Australia. Recuperado en: <https://drive.google.com/file/d/0BzAWR6kDf0mcZ3dnbUtTT0FJOGs/view>
- González, J. (2015). La construcción del enemigo en el conflicto armado Colombiano 1998-2010. *Kavilando*, 7(1), 101 – 106.
- Halperin, E., & Bar-Tal, D. (2011). Socio-psychological barriers to peace making: an empirical examination within the Israeli Jewish Society. *Journal of Peace Research*, 48(5), 637–651. doi:10.1177/0022343311412642

- Halperin, E., & Pliskin, R. (2015). Emotions and emotions regulation in intractable conflict: Studying emotions processes within a unique context. *Revista Advance in Political Psychology*, 36(1), 119–150. doi:10.1111/pops.12236
- Jelin, E. (2002) Los trabajos de la memoria. Serie Memorias de la represión, Tomo I. Siglo XXI Editores, Buenos Aires / Madrid.
- Martín-Baró, I. (1989). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1998) *Hacia una psicología de la liberación*. En Blanco, A. Ed. (1991) *Psicología de la Liberación*. Ed. Trotta, Madrid.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- Martínez Miguelez, M. (2006). *Ciencia y arte en metodología cualitativa*. México: Trillas.Mendoza
- García, J. (2005). Exordio a la memoria colectiva y al olvido Social. *Revista Athenea Digital*, 8, 1 – 26.
- Mendoza García, J. (2007). Sucinto recorrido por el olvido social. *Revista Polis*, 3(2), 129 – 159.
- Mendoza García, J. (2017). Las formas de fabricación del olvido social. Ponencia presentada en el XI Seminario Internacional de Psicología Social, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- Nasi, C., & Rettberg, A. (2005). Los estudios sobre conflicto armado y paz: un campo en evolución permanente. *Colombia internacional*, 62, 64-85.
- Red Nacional de Información (29/01/2019). Registro Único de Víctimas (RUV). Obtenido de <http://rni.unidadvictimas.gov.co/RUV>.
- Schel, M. J. (2009). *Está conmigo o está con mi enemigo: la lógica de violencia contra civiles por parte de las FARC* (Master's thesis, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales). Recuperado de: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/317/pol89.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Tamayo Agudelo, W. F. (2012). Memorias flashbulb y representaciones sociales. Propuesta para un estudio conjunto. *Revista Psicoespacios*, 6(9), 183-199.
- Tinti, C., Schmidt, S., Testa, S. & Levine, L. J. (2014). Distinct processes shape flashbulb and event memories. *Memory & Cognition*, 42(4), 539-551. DOI: 10.3758/s13421-013-0383-9.
- Todorov, T. (1995) “Los abusos de la memoria”. Paidós. Barcelona.
- Todorov, T. (2002) *Memoria del mal, Tentación del bien*. Ediciones Península, Barcelona.
- Vallet, R., Manzanero, A. L., Aróztegui, J. & García-Zurdo, J. (2017). Age-related differences in the phenomenal characteristics of long-term memories of March 11, 2004 terrorist attack. *Anuario de Psicología Jurídica*, 27, 85-93. DOI: <http://dx.doi.org/10.1016/j.apj.2017.03.002>
- Villa Gómez, J.D. (2009). La memoria como territorio en disputa y fuente de poder: un camino hacia la dignificación de las víctimas y la resistencia no violenta. En Briceño-Donn, M.; Reátegui, F., Rivera, M.C. y Uprimmy Salazar, C. *Reparar y Recordar: Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá, Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ).
- Villa Gómez, J.D. (2016). Recordar para reconstruir: El papel de la memoria en la reconstrucción del tejido social. Una perspectiva psicosocial para la construcción de memorias transformadoras. En: Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos; Arrieta, E., *Conflicto, justicia y memoria: 1. Teoría crítica de la violencia y prácticas de memoria y resistencia*. (Pp. 183 – 214) Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En. Carmona, J. (ED.) *Reconstrucción de subjetividades, identidades y tejido social en contextos afectados por la guerra en Colombia*. XIV Cátedra Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI, en prensa.

- Villa Gómez, J.D. y Barrera Machado, D. (2017). Registro identitario de la memoria: políticas de la memoria e identidad nacional. *Revista Colombiana de Sociología*, 40(Suplemento, 1): 149 – 172.
- Villa Gómez, J.D. y Avendaño Ramírez, M. (2017) Memoria colectiva: aproximación a un estado de la cuestión en el sociocognitismo y el socioconstruccionismo. *Revista ECA*, 72(750), 247 - 276.
- Villa Gómez, J. D., Barrera Machado, D. Rúa, S., Serna, N., & Estrada Atehortúa, C.E. (2019). Orientaciones emocionales colectivas como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. *El Ágora*, 19(1), Aceptado, en prensa.
- Wertsch, J. (2008). Collective Memory and narrative templates. *Social Research*, 75(1): 133 – 156.
- Zembylas, M. and Bekerman, Z. (2008) Education and the dangerous memories of historical trauma: narratives of pain, narratives of hope. En: *Curriculum Inquire*, 38(2): 125 – 154.
- Zuleta, E. (2015). Colombia: violencia, democracia y derechos humanos. Bogotá: Ariel

#### Nota.

En esta investigación participan además, la Universidad San Buenaventura Armenia; la Universidad Pontificia Bolivariana de Bucaramanga; la Universidad Surcolombiana y la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá (Grupo Género y Nuevas Ciudadanías), y Cali, (Grupo Bitacus); finalmente la Universidad Metropolitana de Barranquilla y la Fundación Universitaria Claretiana en Quibdó. Esta investigación busca comprender cómo se construyen estas barreras psicosociales que limitan la construcción de la paz en Colombia.